

CAPITULO CXI.

Muerte del ministro Carvajal.—Rivalidades en el Gobierno.—Acentuase la hostilidad contra Ensenada.

LA muerte inesperada del ministro Carvajal ocurrida el 8 de abril de 1764, á la vez que fué causa de un gran disgusto para los Reyes, que lloraron cual se merecía al honrado y fiel servidor, originó cambios notables que acabaron más tarde por ocasionar nuevos conflictos.

Tanto como la muerte de Carvajal alegró á los franceses, excitó la suspicacia de Inglaterra, mucho más cuando se decía que regularmente Ensenada entraría á ocupar, aun cuando interinamente, el ministerio vacante, ó cuando ménos, que se le daría á su secretario Ordeñana.

Los partidarios de la alianza francesa estaban de enhorabuena, pero en cambio los ingleses aprestáronse á luchar con todas sus fuerzas.

Más el giro que el Monarca dió á esta cuestion fué tan totalmente distinto, que unos y otros quedaron burlados en sus cálculos y en sus apreciaciones.

El duque de Huescar, embajador que había sido en París, pero que á pesar de esta circunstancia profesaba una aversion extraordinaria á todo lo que llevase el nombre francés, fué la primera persona á quien Fernando VI consultó respecto á la provision del ministerio.

Seguiole despues el duque de Alba, primer gentil-hombre de su cámara, y despues el conde de Valparaíso, caballero de la Reina.

Este, que tampoco tenía grandes simpatías respecto á Francia, estuvo completamente de acuerdo con el de Huescar, en aconsejar al Rey que no abandonase por ningun estilo aquella prudente neutralidad que tan beneficiosa la fuera hasta entónces, haciéndole presente al mismo tiempo los inconvenientes que podían resultar de dar el ministerio vacante, ya fuera á Ensenada, ya á cualquiera de sus hechuras, pues esto equivaldría á introducir la influencia de Francia en el Gobierno de España.

Precisamente esto era lo que más temían los soberanos, y todos sus esfuerzos habían tendido constantemente á sostener en el Gobierno los elementos de ambos partidos, pero con la misma fuerza unos que otros, á fin de que ninguno pudiese dominar.

En su consecuencia ordenaron á Valparaíso que se hiciera cargo de aquel ministerio, honra que declinó el noble español.

Verdaderamente que cuando en el decurso de esta historia hemos tenido ocasion de ver los esfuerzos, las intrigas, las bajezas, hasta las infamias cometidas para alcanzar tan elevados puestos, sorprende y maravilla que hubiese quien, al rogarle que lo aceptase, lo rechazara, arrojándose ante los Reyes, suplicándoles que le dispensaran de admitir un cargo que creía superior á sus fuerzas.

Cuando la ambicion y la presuncion nos han dado tan repetidas muestras de lo que puede hacerse, y se ha hecho y se hace para elevarse á semejante altura, no puede ménos de experimentar el historiador una verdadera y legítima complacencia, consignando rasgos como el que nos ocupa.

El conde de Valparaíso no cedió en su resolucion, á pesar de los ruegos de sus Reyes, y éstos, viendo su inquebrantable resolucion, hubieron de decirle que al ménos les indicase la persona que en su juicio podría mejor desempeñar aquel cargo.

El Conde entónces designó á D. Ricardo Wal, embajador de Inglaterra á la sazón, el cual, tanto por su capacidad, como por sus conocimientos y por sus condiciones diplomáticas, era el más á propósito.

Parecióles bien á los Reyes la persona indicada, y mientras llegaba Wal, encargóse del ministerio de Estado interinamente el duque de Huescar, á pesar de haberse negado tambien como Valparaíso, y diciendo que únicamente por el servicio del Rey y por sus instancias, lo hacia.

Como que todo esto se había hecho con bastante reserva, ni Ensenada pudo traslucir lo más mínimo, ni Farinelli, ni el confesor Rábago pudieron hacer nada en su favor.

Al tenerse noticia de lo ocurrido, el partido frances desalentóse notablemente, y el duque de Huescar aprovechó hábilmente aquellos momentos para reformar el personal del Consejo de Indias.

Ensenada había colocado en él á una porcion de partidarios de Francia, por cuya razon el de Huescar trató de cortar el mal que de esto pudiera originarse.

El duque de Albuquerque fué el designado para la presidencia del Consejo, costándole al Rey más de una hora el poder reducirle á que lo aceptase.

«Necesitamos tambien un buen ministro de Hacienda,» dijo el Monarca, y el duque de Huescar, que había pensado en el conde de Valparaíso para semejante cargo, hubo de desistir en vista de la negativa de su amigo.

Entónces limitóse á manifestar al Rey que, á pesar de que contaba en su corte con multitud de personas completamente idóneas para desempeñar aquel cargo, como que era de tanta importancia, exigía ocuparse de ello con gran detencion.

Todos estos rasgos de abnegacion de modestia y de desinterés de parte de los cortesanos de Fernando VI, hacen su más cumplido elogio, y realmente, como dejamos dicho ya, se siente verdadero placer al consignarlos.

Las distintas negativas de los personajes mencionados produjeron cierta vacilacion que devolvió alguna esperanza tanto á Ensenada como á los que seguian su partido.

Y á tal punto llegó, que hubo ocasiones en que casi llegaron á sobreponerse á sus contrarios los partidarios de aquél.

De aquí resultaba una lucha de influencias y un pugilato de intrigas que no podía ménos de disgustar á los Reyes.

La Reina, cuyo anhelo era conciliar aquellas opuestas aspiraciones y capacidades en el ministerio, á fin de poder mantener la balanza sin que se inclinase á una ni á otra parte, era verdaderamente la que más padecía.

Y de tal modo se exacerbó su padecimiento con este motivo, que más de una vez, segun los historiadores refieren, llevaron á sus ojos el llanto los sinsabores que aquellas intrigas y aquellas rivalidades estaban causando.

El partido y la política de Ensenada creíanse triunfantes ya, cuando la llegada á Madrid de D. Ricardo Wal vino á dar un giro completamente distinto á la cuestion.

Vivo, activo, dotado de un talento claro y despejado, y opuesto á la marcha de Ensenada, era realmente un enemigo formidable.

Usando la persuasion, puesto que verdaderamente era grande su elocuencia, y ayudado por el duque de Huescar, Valparaíso y el embajador ingles Keene, consiguió destruir todos los planes de Ensenada, y por lo tanto las aspiraciones del partido frances, que ya se creía completamente seguro.

Y de tal modo se acentuó el cambio, que bien pronto se advirtió el abatimiento de Ensenada.

Ni su secretario Ordeñana ni el P. Rábago mostrábase más satisfechos, y como si estos indicios no fueran de por sí bastantes significativos, comentábase algunas frases del Rey que parecían indicar la desgracia del ministro.

Un historiador moderno, ocupándose de este asunto, dice que uno de los motivos que principalmente determinaron su caída, fué sin duda alguna el siguiente:

«Los ingleses, siempre atentos á sacar ventajas del comercio de América, habían persuadido al rey de Portugal á que, so pretexto de quitar motivos de discordia y perpetuar la union y amistad de ambas coronas, propusiera al monarca español cederle la colonia del Sacramento á la embocadura del río de la Plata, á trueque de otras siete colonias españolas situadas á la orilla septentrional del mismo río, y de la provincia de Tuy en Galicia, confinante con Portugal, exagerando las ventajas que de este cambio resultarían á España. Fernando consultó la propuesta con el gobernador de Montevideo, el cual informó á gusto del rey de Portugal y de la reina de España, su hermana, segun instrucciones que el mismo Carvajal había cuidado de enviarle al efecto. Pero el gobernador de Buenos-Aires hizo ver que el cambio propuesto era un trato engañoso y contrario á los intereses y al decoro de la monarquía española. Por otra parte los Jesuitas del Paraguay se congregaron y convinieron en representar al rey de España la desigualdad y la inconveniencia de semejante cambio, que sobre privar á S. M. de treinta mil súbditos, equivalía á introducir los portugueses en la América Meridional, ademas del perjuicio de la desmembracion de una provincia considerable de Galicia. La exposicion había de ser entregada al Rey por el procurador general de la Compañía de Madrid.»

La verdad fué que mientras estaban demarcándose los nuevos límites de las posesiones que se iban á cambiar, hallándose reunidos ya los comisionados é ingenieros, tanto españoles como portugueses é ingleses, los habitantes de las siete colonias españolas, á quienes afectaba el nuevo convenio, subleváronse, manifestando que no querían estar bajo la dependencia portuguesa.

En número de quince mil reuniéronse en la colonia central de San Nicolas, y tan resuelta fué su actitud, que los comisarios ingleses y portugueses no tuvieron otro remedio que retirarse.

«Esta rebelion de los colonos del Paraguay, dice la *Historia de la Compañía de Jesus*, que se atribuyó á instigaciones de los Jesuitas que dirigian aquellas seducciones, fué uno de los cargos que se le hicieron despues para motivar y justificar la expulsion de aquellos religiosos de Portugal y de España.—Que los Jesuitas ejercian sobre aquellos neófitos una influencia eficaz y poderosa es incuestionable.—Tambien lo es que aquellos desgraciados, obligados á abandonar su patria, y sus hogares, y las tumbas en que reposaban sus abuelos, se mostraron muy dispuestos á perder la vida antes que desamparar el suelo natal, y que poco esfuerzo de los misioneros podía ser suficiente á producir la sublevacion. Pero los partidarios de los Jesuitas rechazaron este cargo que se les hizo, suponiendo que instigaron á aquellos indios á proclamarse independientes; y por el contrario, lamentan de que faltara valor en aquella ocasion á los Jesuitas para oponerse resueltamente á la violencia y la arbitrariedad de las dos cortes, y los acusan de excesiva condescendencia en ayudar á ejecutar sus órdenes. Sus enemigos avanzaron á decir que tuvieron el plan de reunir todas aquellas provincias bajo el cetro de uno de los hermanos coadjutores á quien habían de dar el título de Nicolas I.»



PRISION DEL MARQUÉS DE LA ENSENADA.

CAPITULO CXII.

Caida del marqués de la Ensenada.—Futilidad de los cargos que se le hicieron.

A pesar de todo lo expuesto en el capítulo anterior, llevóse á cabo el ajuste proyectado sin que tuviera intervencion ni conocimiento de ello Ensenada, por lo que le sorprendió extraordinariamente aquella noticia.

Sin embargo, ocultó su resentimiento disimulando todo lo posible, adhiriéndose al convenio, aun cuando por medio de su secretario de embajada dió parte al rey de Nápoles, como presunto heredero de la corona de España, significándole el perjuicio que para España se seguiría llevando adelante aquel concierto.

Las consecuencias de este paso no se hicieron esperar. Carlos de Nápoles dirigió una protesta á su hermano contra el tratado de las colonias, como dañoso y lleno de perjuicios para la monarquía; protesta que impresionó de un modo extraordinario, lo mismo á los Reyes que al Consejo.

El tratado quedó en suspenso, sospechándose desde luego que Ensenada había sido quien se lo reveló al rey de Nápoles y quien había estado alentando la rebelion de los jesuitas del Paraguay.

Del disgusto que en los Reyes produjo la conducta de Ensenada sacaron gran partido los ingleses, y con el permiso que la Reina les dió para comenzar sus ataques, apresuráronse á realizarlo.

Pero á su vez el marqués de la Ensenada, firmemente resuelto á luchar con la influencia británica, sin dar parte de su propósito no sólo á sus compañeros de gobierno, sino ni aun al Rey, valiéndose particularmente del embajador de España en París, llevó á cabo un proyecto de alianza indisoluble entre las dos ramas de la casa de Borbon.

De igual manera hizo grandes adelantos de dinero á la Compañía francesa de Indias, á fin de crear nuevas dificultades á los ingleses, y finalmente concertó con el Gabinete de Versalles un plan de ataque general contra los establecimientos que en el golfo de Méjico poseía Inglaterra.

Pero nada de esto pudo hacerse con tanto secreto que se escapase á la vigilancia del embajador Keene, el cual se apresuró á dar cuenta de todo á su Gobierno al objeto de que sobre esto se basaran los cargos que había de dirigir al de España.

Unido á Huescar y á D. Ricardo Wal comprendieron que era llegada la ocasion de dar el golpe, y la presentacion de documentos comprobantes de su acusacion decidieron á los Reyes á obrar con entereza.

El Monarca deseaba saber qué sería lo que Ensenada opondría á aquellos cargos tan formidables, y su sorpresa no conoció límites cuando el ministro, para justificar sus actos postreros, manifestó aquellos informes de supuestos agravios recibidos por los ingleses, agravios que realmente carecian de la gravedad necesaria para la ruptura de relaciones entre dos naciones.

En vista de esto, el Rey preguntó á Wal su opinion, y éste, apoyado por el de Huescar, aconsejó al Rey en el sentido que, dado su antagonismo, se debía esperar.

El día 20 de julio de 1754, despues de haber estado en su despacho hasta las once y media de la noche, se retiró á su casa recogido en el lecho.

Poco tiempo despues presentóse en su estancia un exento de guardias acompañado de un oficial, el cual le intimó el orden que llevaba del Rey para proceder inmediatamente á su arresto.

Sobresaltóse en el primer momento el Marqués, pero se repuso, aparentemente al ménos, y se apresuró á disponerse para marchar, diciendo: «Vamos á obedecer al Rey.»

La casa del ministro hallábase rodeada por una compañía de guardias, y en la puerta le esperaba ya un coche, en el cual, ántes de amanecer, acompañado por el exento emprendió el camino de Granada, punto designado para su destierro, el famoso D. Zenon Somodevilla.

Al mismo tiempo su secretario particular, D. Agustín Pablo de Ordeñana, era preso tambien y conducido á Valladolid, y tres días más tarde el abate D. Facundo Mogrovejo, secretario que había sido del embajador del rey de Nápoles, é íntimo amigo de aquéllos, fué confinado á Búrgos, despues de haberle recogido sus papeles y de haberle tomado declaraciones.

En la *Gaceta* correspondiente al día 23 de julio, es decir, tres días despues de su prision, apareció la exoneracion de Ensenada, así como tambien el destierro de Ordeñana, distribuyéndose todos los cargos y empleos que disfrutaba el ministro caído entre las varias personas que más ó ménos directamente contribuyeron á su caída.

La secretaria de Indias se dió á D. Juan de Ariaga, la de Guerra al general D. Sebastian de Eslaba, y la de Hacienda al conde de Valparaíso que, como hemos dicho en otra ocasion, la había rehusado.

Pero los enemigos de Ensenada no estaban contentos todavía, y procuraron utilizar la correspondencia secreta que entre sus papeles encontraron; correspondencia que había sostenido con las cortes de Nápoles y Versalles y con la Reina viuda, que estaba en San Ildefonso.

Pero la Reina consorte, temerosa de que recayese una sentencia grave sobre el ministro caído, se opuso, y entónces se le acusó de impureza y malversacion, pidiendo que se le confiscasen los bienes.

El lujo de que había hecho alarde el fastuoso ministro, los regalos que decían había recibido de las cortes extranjeras, y los que él hiciera tanto á la Reina como á los embajadores, sirvieron de base para la nueva acusacion, en virtud de la cual ordenóse formar un inventario de sus bienes, y proceder á su valoracion.

Esta produjo una suma enorme, que realmente había de llamar la atencion.

A continuacion insertamos algo de este inventario, que juzgamos, lo mismo que algunos historiadores, bastante exagerado, y formado, sin duda, por algun enemigo de Ensenada. Dice así:

«Razon de las alhajas, bienes, ropas y demas enseres que se inventariaron, propios del marqués de la Ensenada.»

«Valor de oro y peso de mano	100,000	pesos.
«Valor de peso de plata	292,000	»
«El espadin de plata guarnecido	7,000	»
«Alhajas	92,000	»
«El collar de la Orden	18,000	»
«Valor de la China	2,000,000	»
«Idem de pinturas	100,000	»
«Idem de perfiles de Galicia y Francia	14,000	»
«Una crecidísima porcion de pescados en escabeche, aceite y garbanzos, cuyo valor es imponderable.		
«Un adorno preciosísimo, cuyo valor es difícil de calcular.		
«Cuarenta relojes de todas clases.		
«Quinientas arrobas de chocolate.		
«Cuarenta y ocho vestidos, á cual más ricos.		
«Ciento cincuenta pares de calzoncillos.		
«Mil ciento setenta pares de medias de seda.		
«Seiscientos tercios de tabaco muy rico.		
«Ciento ochenta pares de calzones.»		

Este inventario no se llegó á terminar porque la Reina lo impidió, consiguiendo, al fin, de su esposo que señalase al caído ministro una pension de 12,000 escudos para que pudiese sostener la dignidad del Toison de Oro, cuyo decreto no era muy honroso que digamos para la persona á quien se refería, puesto que más parecia una limosna que otra cosa.

En otro lugar, al ocuparnos del resumen de este reinado, y estudiar los grandes adelantos verificados en él, tendremos ocasion de apreciar cumplidamente las medidas de Ensenada, concretándonos en este sitio á transcribir algunos de los párrafos del escrito de acusacion contra él para que pueda comprenderse todo lo ridículo de semejantes cargos.

Despues de ocuparse de varias medidas económicas de gran importancia, dice:

«Envié muchas gentes ociosas á cortes extranjeras y remotos países, con crecidos sueldos y gratificaciones para que se divirtiesen, y nos trajesen de vuelta los vicios que nos faltan. Así lo hicieron, y así sucedió; porque se pasearon muy bien, consumieron mucha parte del real Erario, y uno vino con la grande novedad del Código prusiano para la brevedad de los pleitos; el otro con el nuevo ejercicio de la tropa; algunos de éstos con la noticia de hospicios y loterías, con sus reglas de conservacion para establecerlos en España; otros con el método de fábricas y manufacturas; otros con investigar medallas y otros monumentos de la antigüedad; otros, para perfeccionarse en la cirugía, pasaron á Paris; algunos otros recorrieron las cortes para la química, conocimientos de yerbas medicinales y específicos; y los ingenieros para acabar de volverse locos con la construccion de navios, muelles de puertos, nuevas fortificaciones, canales para el riego y otras obras inútiles. Y tambien fué destinado otro á corromper la generosidad de nuestros vinos en vinagre para imitar el de Champaña, paseándose por el reino y embargando sus bodegas; de manera que, si danza de monos ó viajeros no ha sido, ó delirio del juicio humano, no sé qué sea; la lástima fué que no viviese Cervántes para mejorar su libro y aventuras de D. Quijote, porque asunto más propio no podía encontrarle su grande ingenio.»

La simple lectura de las líneas que anteceden basta para comprender los alcances del desdichado autor de semejantes inculpaciones.

Ensenada habíase declarado protector de las letras y de los hombres ilustres, conociendo lo mucho que esto importaba para el buen nombre y la fama de la nacion á que pertenecía, y D. Miguel Casiri obtuvo de él toda la proteccion que necesitó para examinar y formalizar el índice de los códigos de la Biblioteca del Escorial.

A él se debió la institucion de la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando y la fundacion del Observatorio astronómico de Cádiz, y otra porcion de mejoras importantes en todos los ramos.



D. SEBASTIAN ESLABA, CAPITAN GENERAL Y MINISTRO DE LA GUERRA

Riera, editor, Barcelona: Robador, 24 y 26.